

pio color de la envidia, que han vivido setenta años encolerizadas contra todo lo que valía más que ellas, criticando lo que les era superior.

—Y yo sé de quien tiene la lengua muy larga...

—Y yo sé de quien la tiene llena de veneno...

—Y yo...

—Paz, paz...—exclamó la abadesa, extendiendo á un lado y otro sus blancas manos.

—La madre Teodora es demasiado vehemente—dijo doña Josefina guiñando el ojo á Sor Teodora,—y la madre Monserrat muy rigorista. Todo esto ha provenido de una opinión sobre las guerras. Yo creo también que la guerra es á veces necesaria, y que Dios mismo la dispone. Hay santos del combatir, como hay santos del ayunar. Pero no es esto motivo para que la madre Monserrat se enfade.

—Ni para que se altere la armonía que en estas casas debe reinar—expresó la madre abadesa con afectada unción.—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que á todos perdonó, yo ruego á las dos hermanas que me oyen... sí, yo les ruego, como hermana y como superiora, que sofoquen al punto el rencor y se reconcilien dándose el ósculo de paz.

—Mi alma es incapaz de rencor—dijo la madre Monserrat.

—Yo perdono de todo corazón—murmuró Sor Teodora.

Se besaron. La vieja imprimió sus labios

sobre las hermosas mejillas de la joven, y ésta contestó al beso fijando apenas sobre la seca piel agena sus frescos labios. Aquel besuqueo fué una ventosa contestada por una picadura. Doña Josefina, después de repetir sus instrucciones, se retiró.

VI

A pesar de los preparativos, cuya importancia se daba á conocer por la actividad bulliciosa de doña Josefina Comerford, pasaron los meses de Mayo y Junio en aparente paz. Cataluña parecía tranquila y desarmada. Solsona continuaba viviendo con aquella serenidad y monotonía que hacían las delicias de sus canónigos. La compañía medio organizada de voluntarios realistas y los pocos artilleros que prestaban el servicio militar dentro de los muros, más parecían figuras decorativas que soldados en la víspera de una batalla.

Cierto día de fines de Junio vió Solsona una cosa que dió mucho que hablar. Por la calle Mayor adelante iba Tilín vestido con el uniforme de voluntario realista. Su figura no era un tipo acabado de militar gallardía; pero él marchaba por la calle abajo con desenfado, aunque sin fanfarronería, indiferente á las habillitas que sus insólitos arreos suscitaban.

—Mejor le sienta la sotana—decían en los corrillos.—¿A dónde va ese holgazán con media vara de cartuchera y un quintal de mo-

rrión?... Mírenlo... pues no va poco tieso... Todos los bordados del cuello y solapa, así como las charreteras y los cordones del morrión, se los han hecho las monjas... Es el uniforme más guapo que hay en toda Solsona... Y diz que entra en el cuerpo con el grado de alférez... Si no hay como ser sacristán de las monjas cascabeleras para llegar pronto á general... No, mujer, no entra de alférez, sino de sargento; pero como haya guerra, y dicen que la habrá, verás cómo sube más vivo que un águila, con el favor de las madres... Mírale, mírale, cómo pasa sin saludar á nadie... ¡Condenado Tilín! ¡cómo se reirá de él la tropa! No habrá un solo voluntario que le obedezca.

Y siguieron los comentarios.

Así como la aparición de ciertas aves exóticas anuncia la proximidad de tempestades, aquella desusada vestimenta del sacristán de San Salomó anunció un acontecimiento que puso en grande zozobra y pasmo á la ciudad de Solsona. Era la madrugada, cuando el sueño de los pacíficos moradores fué bruscamente turbado por estrepitoso ruido de tambores. Echáronse los vecinos de las camas, fueron abiertas todas las puertas y acudieron los voluntarios á la plaza, donde había ya un par de compañías, venidas, según después se supo, de Berga, al mando del excarnicero *Pixola* (D. Narciso Abres.) Un fraile, puesto en pié en medio de la plaza y entre la gente armada, hizo callar con solemne gesto á los tambores, y enderezó á los solsoneses una

arenga, diciéndoles que Cataluña se lanzaba á la guerra porque el monarca no gozaba de la libertad necesaria para gobernar el reino. ¡Qué pico de oro! Sin abandonar su tono de sermón, añadió que S. M. había expedido órdenes reservadas autorizando el pronunciamiento é invistiendo de mandos militares á aquellos bravos y piadosísimos cabecillas, los cuales, ¡oh abnegación evangélica! abandonaban sus hogares por defender la fe de Cristo y el glorioso trono de las Españas.

Después que el fraile hubo desembuchado lo que en su mollera traía, volvieron á sonar los tambores, y los pelotones de voluntarios recorrieron la ciudad y la muralla toda en redondo como por fórmula de toma de posesión de la plaza y de su absoluto rendimiento á las tropas apostólicas. Los pocos soldados de línea se entregaron sin vacilar, porque ya estaban concertados para ello; comenzaron á repicar las campanas, declaróse en rebelión el Municipio y alguna que otra banderola hecha por manos enclaustradas subió agitándose y haciendo gestos á lo alto de un palo para anunciar á los pueblos vecinos la grata nueva.

Pixola publicó en seguida un bando disponiendo que se entregasen todas las armas, y que todos los oficiales indefinidos domiciliados en la ciudad y su término se presentasen inmediatamente en *esta comandancia general* para recibir órdenes. Obedecieron algunos por miedo ó porque simpatizaban con la insurrección, ó quizás porque estaban can-

sados de una vida obscura; pero otros contestaron á los emisarios de Pixola con insultos y bravatas, por lo cual, enfurecido el cabecilla, juró que haría una degollina de indefinidos si Dios no lo remediaba. El más reacio fué un coronel retirado, viejo, terco y realista por más señas, que tenía por nombre D. Pedro Guimaraens, y por vivienda una casa solar á media legua de Solsona y á la opuesta orilla del río Negro.

—Di á ese desollador de carneros—contestó al portador del mensaje, — que si voy á Solsona será para arrancarle las orejas por bandido y ladrón, y que tengo aquí muchas armas, sí, muchas, para defensa del Rey y de la religión, y que si él desea probarlas que se dé un paseo por acá con toda esa cuadrilla de sacristanes y salteadores de caminos.

Tal como lo oyó de los labios de Guimaraens se lo dijo el emisario á D. Narciso Abres, el cual, bramando de ira, se levantó de la mesa donde comía para ir en persona á castigar tamaña afrenta.

—Sosiéguese vucencia—le dijo con calma Pepet Armengol, que en la misma mesa comía, juntamente con otros dos jefes y el padre capellán de San Salomé, pues allí no había categorías.—A ese espantajo de Guimaraens no se le conquista con amenazas. Yo le conozco bien, porque he ido muchas veces á llevarle recados de las madres... Ya sabe usted que una hermana suya está en San Salomé... Le conozco bien, y sé que es una oveja. Déjeme vucencia ir allá, y verá cómo sin

ruido ni amenazas, sino antes bien con maña y tiento, le sonsaco las armas y le obligo á reconocer la autoridad que ha dado á vucencia la Junta de Cataluña.

—Me parece buena idea—dijo Mosén Crispí de Tortellá, dando un golpe en la mesa con el vaso de vino, después de vaciado.—Veamos el estreno de Tilín... Una hazaña, querido Abres, tendremos una hazaña, porque este Tilín ha leído mucho.

Pixola se echó á reír.

—No se tome esto á broma—añadió el capellán.—Tilín es amigo de Guimaraens, el cual es el mayor y más refinado glotón que ha comido perdices en todo el Principado... ¡Ah! señores, no sólo el pez muere por la boca, muere también el valiente por la misma parte. Guimaraens, que en una batalla sería más bravo que cien leones, no haría jamás lo que hizo D. Mariano Alvarez en Gerona, porque no tiene el heroísmo del ayuno. ¿Saben ustedes cómo se conquista á ese hombre? Con la artillería de las monjas de San Salomé, cuyo ginovesado ha rendido ya muchas plazas... Dése esta empresa á Tilín, querido Abres, y verá usted qué victoria alcanza nuestro bravo rapavelas si, como creo, consigue de las madres un par de perdices en adobo, ó siquiera un mediano plato de esas natillas sin igual que no deben divulgarse mucho para que el género humano no se corrompa y enerve con las delicias de Cápua.

Pixola y los demás reían á carcajadas.

—Anda, hijo, anda—dijo Tortellá á su an-

tigua acólito dándole un pescozón.—Díle á la madre Purificación que se esmere... se trata de una gran conquista; se trata de ganar el nuevo Zaragoza.

—Puedes ir—indicó Abres al sacristán-soldado. ¿Necesitas gente?

—Tres hombres escogidos por mí.

—Toma los que quieras.

—Dentro de dos horas estaré de vuelta. Conozco la casa. El Sr. Guimaraens estará en la huerta fumándose un cigarro. No le faltará la compañía de los dos artilleros viejos y de los dos criados, y de la señora Badoreta... Vamos allá... la casa tiene dos puertas... en la huerta hay un ángulo... después se suben tres escalones... ya... ya... Vamos á hacer una visita de cumplimiento á casa del señor coronel.

Poco después Tilín pasaba el río por el puente de Llobera, acompañado de tres montañeses de la Cerdaña sin uniforme y con armas. En vez de tomar en línea recta la dirección de la casa de Guimaraens, que á la distancia de un cuarto de legua se destacaba sobre la verdura de un bosque espeso, caminaron á la derecha río abajo, y describiendo luégo una gran curva, subieron hacia la montaña por extensa ladera de viñas y almendros. No tardaron en penetrar en el bosque, y allí con precaución y en silencio se acercaron á la casa. Por espacio de un cuarto de hora estuvo Tilín cuchicheando con su gente. Subió después á un árbol, desde donde podía explorar la huerta, y vió á la señora

Badoreta tendiendo ropa en el jardinillo delantero. Valentín, el más bravo de los dos veteranos, limpiaba el caballo y Suárez estaba regando las judías y poniéndoles tutores. No viendo por ninguna parte á los otros dos criados supuso que estaban dentro de la casa. Bajando del árbol, dió Tilín sus órdenes á los que le seguían, repitiéndoselas hasta tres veces para que se les clavaran bien en la mollera; les señaló una ventana baja que desde allí se veía abierta, indicóles los puntos por donde podían escalar fácilmente la tapia, y después penetró solo en la casa.

Condújole la señora Badoreta al interior, no sin reirse de su chistosa metamorfosis, y al verse Tilín en presencia del Sr. de Guimaraens en la sala donde éste residía comunemente, oyó una carcajada de franca burla, seguida de estas palabras:

—Tilín, Tilín de todos los demonios... ¿Con que es cierto que te has echado á militar? ¡No he visto en mi vida mamarracho semejante! Hombre, vuélvete de espaldas para verte por detrás! ¡Y tienes bayoneta!... ¿Cómo no te han dado fusil esos pillos? ¡Serías capaz hasta de hacer fuego con él!... ¡Vaya con Tilín!... Hombre de Dios, pues es verdad que así, así, con esa albarda, nadie diría que eres sacristán... ¡Qué demonio! si ayudas á misa con esa facha, te juro que he de ir á verte. ¿Y qué dicen las reverendas?

—Las señoras no tienen novedad—repuso Tilín secamente.

—¿Me traes algo de parte de ellas?... Va-

mos, tú nunca has venido á mi casa con las manos vacías.

El Sr. Guimaraens era un tipo militar de los de la guerra del Rosellón, viejo, sin barba ni bigote, con el blanco pelo un poco largo, cual si no hubiese renunciado aún á ponerse coleta. Aunque anciano era fuerte y membrudo y tenía la presencia majestuosa, la talla corpulentísima, el semblante agraciado y noble. Era hombre muy devoto y realista ferviente aunque no de los furibundos; y cuando Tilín se presentó á él estaba sentado en su lustroso sillón de cuero, leyendo la vida del santo del día, costumbre piadosa á que no había faltado en treinta años. Era célibe y vivía en compañía de dos viejos, leales camaradas de sus campañas allá en los tiempos del general Ricardos y ora asistentes que parecían amigos. Un pinche, un mozo de cuadra y la señora Badoreta, famosa en el cocinar y antaño criada en San Salomó, completaban la familia del pacífico veterano.

Vió con desconsuelo que Tilín no traía consigo cesta ni bandeja cubierta con la blanquísima servilleta monjil, y dando un desconsolado suspiro le dijo:

Esas señoras reverendísimas, ocupadas de la insurrección, han dejado apagar los hornillos. ¡Qué pícaras! Siéntate, Tilín, hablaremos un poco y echarás un cigarro.

—Gracias, señor, tengo que marcharme pronto—dijo el voluntario dando un paso hacia él.

—¿Entonces á qué has venido?

—A traer á usted un recado.

—¿De las monjas?

—De las monjas, sí señor.

—¿Qué quieren esas señoras mías?

—Que me entregue usted inmediatamente todas las armas que tiene en su casa, y que se venga conmigo para ponerse á las órdenes de Pixola.

Dijo esto Tilín con tal osadía y aplomo, que Guimaraens se quedó perplejo por un momento; pero al punto recobróse, y tomando el caso á risa, como era natural, empezó á batir palmas. Reía con estrépito, echado el cuerpo hacia atrás y apretándose los ijares.

—¡Bravísimo, deliciosísimo, señor sacristán!—exclamó poniéndose como la grana de tanto reir.—Dí á tus amas que me he reído de la gracia hasta morir... ¿Con que armas?... ¡Bendito sea Dios! ¡Pobre Tilín!... Me dan ganas de abrazarte por el gusto que me das. Eres un mamarracho... pero eres chistosísimo... y con esa casaca... y esos humos de general... ¿Con que mis armas? Pide por esa boca, monago.

Guimaraens dejó de reir, porque vió á Tilín transformado de súbito. El rostro del voluntario realista estaba lívido, sus ojos centelleaban, y su mano convulsa mostraba una pistola. Fiero é imponente el monago, exclamó:

—No he venido aquí á hacer reir.

—¿Miserable, qué haces?—dijo Guimaraens levantándose y poniéndose á la defensiva.

—Saltarle á usted la tapa de los sesos si no me obedece.

Tilín apuntó al rostro del venerable anciano que al punto echó mano á una silla.

—Si usted se mueve—dijo Tilín intrépido y osado hasta lo sumo,—si usted da un grito pidiendo socorro, le mato como á un perro. Tengo cuarenta hombres en el bosque á espaldas de la casa, con encargo de arrasarla y de matar á todos sus moradores si se me hace resistencia.

—¡Ratero!—gritó Guimaraens;—¡qué has de tener tú!... ¡Hola, Valentín!... ¡Suárez!

Al punto apareció despavorido un hombre, un jovenzuelo. Oyéronse dos disparos en la huerta y los gritos de la señora Badoreta que exclamaba: ¡ladrones! El joven abanzóse á la defensa de su amo; pero Tilín, rápido como el pensamiento, guardóse las espaldas apoyándose en un alto ropero, y disparó sobre el criado que cayó muerto sin exhalar un grito. Guimaraens al ver desarmado á Tilín que arrojara al suelo su pistola, arremetió á él como un león. Pero recibió Pepet con un puñal, sin que por esto se acobardase el veterano. Trabáronse estrechamente de manos, y después de una lucha breve y terrible, en la cual Armengol se esforzaba en defenderse de su enemigo sin herirle, apareció bañado en sangre uno de los tres montañeses de Pixola.

—¡Miserables ladrones!—gritó el coronel;—¡no os valdrá vuestra alevosía!... ¡Suárez!... ¡Valentín!

Guimaraens fué acorralado, vencido, pero aún se necesitó el concurso de otro guerrillero para atarle los brazos por la espalda. El valiente y noble anciano rugía, y de su espumante boca salían blasfemias, como sale del volcán la hirviente lava.

Valentín, uno de los veteranos que servían á D. Pedro, entró mal herido, echando venablos por la boca, armado de tremenda espada con que acometió ciego de ira á los guerrilleros que sometían á su amo; pero como se hallaba descalabrado, tuvo que someterse sin que le valiera de nada su fiera intrepidez. Suárez estaba atado al tronco de un árbol y herido también. Sorprendidos cuando el uno se hallaba limpiando el caballo y el otro trabajando en las hortalizas, no tuvieron tiempo ni de armarse ni de pedir auxilio á los payeses de las cercanías. El plan de Pepet Armengol había tenido realización cumplida, aunque no fácil, porque uno de los guerrilleros quedó muerto por Suárez que pudo disponer de la azada; otro recibió un sartenazo de la señora Badoreta, á quien el peligro dió los alientos y el rencor de una leona.

Antes de anoecer, Tilín y los tres hombres de su cuadrilla penetraron en Solsona, llevando atado como alimaña recién cogida al respetable coronel D. Pedro Guimaraens. A poca distancia les seguía un carro lleno de armas diversas. Inmenso gentío se agolpaba para ver al preso, á quien no compadecían muchos por ser hombre reputado de orgullo-

so, y que últimamente, á causa de la sospechosa templanza de su realismo, era acusado de jacobino.

VII

Al día siguiente Pixola, después de encomiar la acción de Tilín, dijo al señor capellán:

—Me parece que tenemos un hombre. Cuando las madres me lo recomendaron, yo le destiné mentalmente á ranchero, pero me parece que ese caballero del esquilón va á picar un poco alto. Le voy á dar el mando de una compañía. Ahí tiene usted un sacristán que valdrá más que cien obispos.

Las hordas de Pixola eran un conjunto heterogéneo de voluntarios realistas uniformados y procedentes de los cuerpos que se formaran el 24, de soldados desertores, de payeses que se armaban con lo que podían, y de trabucaires ó contrabandistas de la Cerdaña y de los valles de Aran y de Andorra. En el improvisado ejército las jerarquías militares iban saliendo de los acontecimientos, de las hazañas individuales y también de las intrigas, que son fruto natural de toda colectividad donde hierven las pequeñas pasiones al lado de las grandes. Así es que el prestigio adquirido en un buen golpe de mano, y la recomendación de personas á quienes se tenía en mucho, bastaron á elevar á Tilín á una categoría semejante á la de teniente. El carnicero le llamó aparte, y agarrándole por

un botón de la pechera, como era su costumbre siempre que hablaba con un amigo, hablóle así:

—Mira, Tilín, yo voy ahora hacia Balaguer y la Conca de Tremp á recoger las tropas que se están organizando. Tú te vas hacia Pinós, donde hay mucha gente que no ha querido afiliarse. Allí se necesita una mano pesada. Te llevarás cincuenta hombres con el encargo de que me has de reclutar doscientos. En ese país hay muchos caballos, no perdones ninguno... Oye otra cosa—añadió, reteniéndole por el botón.—También hay mucho dinero, es preciso que recaudes todo lo que puedas. Hombres, dinero, caballos... Abre bien las orejas: hombres, dinero, caballos. Espero que nuestro monago sabrá ayudar esta misa de sangre. Después nos reuniremos en Cardona para ir todos sobre Manresa, donde nos espera el general en jefe Jep dels Estanys... ¡Ah! se me olvidaba otra cosa: si encuentras tropas del Gobierno, te retiras á la montaña y las dejas pasar.

Con estas instrucciones y sus cincuenta hombres partió Tilín el 8 de Julio en dirección á Clariana y al río Cardoner. Asombró á todos la atinada organización que supo dar á su pequeña hueste, principiando por establecer en ella la más rigurosa disciplina. El segundo día de expedición, dos individuos de malísima estofa que habían sido contratados por Pixola en la raya de Andorra no mostraron gran celo por cumplir una orden que el gran Tilín les diera. Reprendióles éste con

severidad, pero sin malas palabras ni grosería, y lo mismo fué oír la voz del jefe, rompieron ellos á reír, diciéndole que harto hacían en dejarse mandar por un sacristán de monjas, y que no se les hurgara mucho porque también ellos sabían repicar campanas. El denodado teniente les mandó fusilar; hubo un momento de vacilación, pero los delincentes perecieron; y á los disparos que les cortaran la vida siguió ese silencio congojoso de la disciplina, que es como el de la muerte. Tenía Tilín un núcleo de diez ó doce hombres feroces que le obedecían ciegamente, y sobre esta sólida base fundó el orden y la cohesión admirables de su pequeño ejército.

Siempre sereno, atento á su deber, previsor, demostrando gran conocimiento del terreno y un tacto singular para dirigir la marcha, aquel prodigioso monaguillo se parecía á un gran general.

Antes de llegar á Cardona se internaron en la montaña buscando la sierra de Pinós. En todos los caseríos Tilín reclamaba los hombres útiles, y si algunos se le unían de buen grado, otros buscaban refugio en las montañas; pero él supo encontrar en su caletre trazas muy ingeniosas para que la mayor parte no se le escapase. El primer pueblo donde puso en práctica su plan fué San Salvador de Torruella. Hizo que se le presentaran el alcalde y los dos ó tres cabezas de familia más acomodados del pueblo; pidióles los mozos útiles desde 20 á 45 años, con más

todo caballo, mula ó animal cuadrúpedo que sirviese para transportes de guerra, y por añadidura una suma que concienzudamente fijó en treinta mil reales. Alborotáronse los prohombres, á pesar de su férvido y jamás sospechoso realismo, jurando y perjurando que ni aun vendiéndose al moro todos los vecinos juntarían los treinta mil. En cuanto á mozos, todos los del pueblo estaban ya en la evangélica facción, y de cuadrúpedos no había que hablar, porque allí el trabajo de los animales lo hacían los hombres.

Hallábanse durante estas conferencias en un mesón que hay á la entrada del pueblo. Tilín, económico de palabras como todo el que es pródigo de acciones, mandó al alcalde que bajase al patio.

—¡Perdón!—gritó el pobre hombre cayendo de rodillas.

Tilín dió una orden terrible, como quien da un consejo, y el alcalde fué fusilado. Igual suerte habrían sufrido los otros caciques si al punto no acudieran los vecinos con todo el dinero que tenían y seis caballos, presentándose además catorce hombres que antes de la cruel sentencia y suplicio del alcalde andaban escondidos en pajares y desvanes.

En Prades tuvo mejor acogida. El alcalde salió vara en mano á recibirle y denunció la existencia en el pueblo de dos sargentos indefinidos y de cuatro liberales que á todas horas hablaban mal de sus Majestades y de la Religión. Sin atender á estas menudencias, Tilín pidió lo de siempre, dinero, armas,

hombres, caballos. Hablósele de un rico que tenía cinco hijos útiles, muchos ahorros, dos pares de mulas, seis escopetas de caza y un pedazo de cañón de los que se cogieron á los franceses en el Bruch. Tilín mandó visitar la casa del rico y pudo allegar la mitad de aquellos tesoros, despreciando el medio cañón que era de un valor puramente arqueológico. Los frailes salieron á recibirle en comunidad y poco faltó para que salieran también con palio; le abrazaron, obsequiándole con gran mesa; pero él se mostró sóbrio y discreto. Por la tarde y delante de la misma puerta del convento arcabuceó á dos reclutas que se le habían querido escapar. En Quadrells fueron cinco las víctimas; pero ya los mozos recogidos ascendían á ochenta, siendo menos de la mitad los recogidos por fuerza: los demás se afiliaban voluntariamente por entusiasmo ó por vagancia ó por miedo. El dinero recaudado se elevaba á diez mil duros y las armas formaban un arsenal respetable aunque heterogéneo. En caballos y mulas habían juntado lo bastante para organizar un pequeño escuadrón.

En Torá hubo conatos sediciosos porque algunos descontentos quisieron separarse de la cuadrilla incitados por un voluntario de Berga que era al modo de alférez. Tilín cortó la conspiración haciendo arcabucear á siete, y á un bendito y chismoso lego de San Francisco que le acompañaba con hábito y sable hizole obsequio de cincuenta palos por no haber dado cuenta de la trama que conocía

desde sus principios. Respetado y temido, Tilín avanzaba en su empresa y fué terror de los pueblos y brazo potente de la insurrección en aquella agreste comarca, donde reclutaba zorros para hacer de ellos leones.

Al salir de Torá sus espías le dijeron que una fuerza del ejército bajaba por la carretera de Manresa. Se la había visto el día anterior en Fals y parece que seguiría en dirección á Castelfullit. Al punto ambicionó ardentemente el monago sorprender aquella fuerza, cualquiera que fuese su importancia, y concebir un plan y dar las primeras órdenes para su inmediata ejecución fué todo uno. Hermosísima noche le favorecía. Avanzó con buenos guías delante de sus tropas para hacerse cargo del terreno y pagó á peso de oro el espionaje, en lo cual le favorecía la adhesión del país á una causa propagada al calor del fanatismo religioso; apostó sus tropas convenientemente después de obligarlas á hacer una marcha titánica en seis horas por sierras y vericuetos; repartió palos á los morosos, fusiló á los discolos, recompensó á los valientes, avanzó, acechó, olfateó, inquirió el rastro del enemigo con ese instinto felicísimo del guerrillero que es la desesperación de la estrategia, y antes de que amaneciera el día 20 de Julio cayó como una lluvia de verano sobre las tropas del coronel Roda (división de Carratalá), que recorrían la carretera de Cataluña para intimidar á los pueblos y desarmar á los voluntarios. Tres batallones y cuarenta caballos componían aquella fuerza

que fué materialmente destrozada y hecha trizas por un sacristán ávido de los laureles de Viriato. Había dado orden á sus guerrilleros de que no perdonaran á nadie. El estrago fué inmenso, la lucha breve y sangrienta, el gozo de Tilín delirante. Dispersáronse la mitad de los soldados por la vertiente de Monserrat; muchos perecieron batiéndose con ardor; cincuenta quedaron prisioneros con treinta y dos caballos y gran número de armas.

Era aquella la primera victoria formal del águila que había tenido por nido una sacristía y por plumaje una sotana. Pero él miró su triunfo como hombre acostumbrado á saborearlos y se apresuró á tomar las medidas necesarias para hacerlo más fructífero. Sin dar descanso á su gente recorrió los pueblos de la carretera hasta cerca de Cervera. Calaf, Vilamajor, Montfalcó, Rabasa le vieron dentro de sus muros, y de grado ó á regañadientes diéronle todo cuanto se le antojó pedir. Los mozos ingresaban con gusto, porque ya los frailes habían hecho su papel y tenían soliviantado al país; no así el dinero, para cuya percepción necesitaba Tilín emplear argumentos un poco fuertes y hablar con los fusiles de sus bárbaros soldados. Ovaciones y plácemes tuvo el héroe; y allí eran de ver cómo le ensalzaban los frailes y le mandaban golosinas las monjas, y le precedían todos magnífico porvenir y fama no menos grande que la de los más exclarecidos guerreros de la cristiandad.

No quiso llegar á Cervera, y retrocediendo volvió á internarse en Pinós, para de allí pasar á la cuenca del Cardoner y marchar á Cardona, donde esperaba recibir nuevas órdenes de Pixola. Había recogido doscientos hombres, más de quince mil duros, muchas armas y ochenta caballos. Por el camino instruía y armaba su nueva gente, aumentaba y organizaba un escuadrón. Satisfecho de tantos y tan rápidos triunfos, y comprendiendo por éstos y por la magnitud de su suerte, que merecía ser coronel, pensó darse á sí mismo este grado; mas la modestia habló en su alma y contentóse con ser comandante por el momento. Lo hizo extendiendo un oficio en que textualmente decía: "En atención á mis eminentes servicios á la causa de la religión y del trono absoluto, vengo en nombrarme comandante de los ejércitos de la fe."

Revolviendo en su titánica mente estos y otros altos pensamientos, decía para sí:

—¡Rabo y uñas de Lucifer! Si Pixola no me reconoce el grado... le fusilaré.

VIII

Llegó cerca de Cardona el 1.º de Agosto. El calor era sofocante, y un sol canicular abrasaba y asfixiaba el país. Existe en aquel ducado uno de los más admirables prodigios de la Naturaleza en Europa, y es la montaña de sal, que tiene más de cien varas de altura y una legua de circunferencia; inmenso cris-